

Esclavo escritor

Ataduras Visibles e
invisibles



**ATADURAS VISIBLES E INVISIBLES, EVIDENTES O
IMAGINARIAS.**

(Cuerdas que nos atan)

ATADURAS VISIBLES E INVISIBLES, EVIDENTES O IMAGINARIAS.

(Cuerdas que nos atan)

“Ha insistido durante meses. Su tenacidad bien valía una oportunidad”. “He insistido durante meses, creo que merecía que ella me diera una oportunidad”

Aquella noche, ambos pensaron lo mismo cuando se acostaron en sus respectivas camas. Ella lo había compartido antes con su amiga y ocasional compañera de juegos femdom Mónica, él no quiso tener nadie con quién compartirlo. Sin saberlo se durmieron con igual sensación: “la tenacidad tiene casi siempre premio”. Y lo más inaudito había sido que el atardecer había deparado un encuentro muy extraño. Él se había dirigido en su busca informado con cierta malicia por su amiga. “La encontrarás entre las vides, suele ir a pasear para relajarse”. Y la encontró, pero no esperaba hallarla en tan inesperada compañía. Dos hombres desnudos la acompañaban. Uno se movía a cuatro patas por entre las viñas y sobre su espalda portaba un cesto en el que el otro iba colocando los racimos de uva que el primero cortaba con su boca. Los escogía siguiendo las instrucciones que ella le daba. Por un momento pensó en dar media vuelta, pero uno de los hombres, el que caminaba erguido, advirtió su presencia y entonces ella se giró y lo vio. Le saludó indicándole que se acercara. No quería seguir manteniendo en secreto su mundo, en realidad nunca lo quiso, pero no había existido la oportunidad para abrirle la puerta a su forma de vida y tampoco se había querido precipitar, él nunca le había parecido interesado en nada relacionado con el bdsm a pesar

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

de las ligeras, pero entendibles insinuaciones, que ella le había ofrecido en un par de ocasiones. No pudo disimular su desconcierto, pero se comportó con serenidad, a fin de cuentas era él quien había penetrado en su entorno sin avisar. Había decidido ir en busca de una definitiva confirmación a la propuesta que durante semanas se le ocurrió para estar cerca de ella, casi la misma tarde que se conocieron en una conferencia sobre el papel de las mujeres en el antiguo Egipto, hacía ya varios meses. Coincidían en su pasión por esa antigua civilización sin conocer él, que ella utilizaba el nombre de una faraona en su singular mundo. Desde entonces y tras conocer que eran prácticamente vecinos en el Penedés, él no paró de ofrecerle su ayuda desinteresada de enólogo reputado, para hacer su propio vino, “aunque tengas pocas hectáreas y salgan pocas botellas”. Ella se había tomado a broma su proposición, pero cuando él, tenaz como pocos de sus sumisos, en las siguientes citas le preguntó sobre su finca y ella le explicó las construcciones auxiliares y el sótano que tenía la vieja casa, él no tuvo ninguna duda: “podrás embotellar y conseguir unas doscientas botellas de extraordinario vino, utilizando como bodega ese sótano, siempre que cuentes con la ayuda adecuada, claro”, y la sonrisa con la que él ponía colofón a tan disparatada propuesta, era lo que más le gustaba, aunque seguía rechazando la idea de dejar penetrar en su mundo a alguien tan ajeno a él, aunque fuera para posibilitarle obtener un buen puñado de botellas que a buen seguro harían las delicias para ella y sus invitados, en las noches en que necesitara sentirse arropada o quisiera divertirse.

Él, le ofreció el obsequio con el que quería perpetuar el acuerdo que esperaba cerrar aquella noche, al tiempo que observó como el otro sujeto, también

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

adoptaba igual posición que el que estaba a cuatro patas. No pudo dejar de fijarse en sus testículos y penes y observó que ambos los tenían constreñidos por un aparato transparente que le pareció de plástico y en el que sobresalía un candado. En el cuello, ambos portaban un collar de metal. Con gran naturalidad, ella aceptó el obsequio y antes de abrirlo, indicó con voz firme que le pareció autoritaria: –volved a la casa y preparad la cena. –Los hombres se alejaron a cuatro patas y él, sin dejar de observarla, creyó oír cuando se habían alejado unos metros, que se ponían en pie y desaparecían corriendo. Ella pensó en la estupidez que estaba cometiendo su súbdito, ya que al incorporarse y correr erguido, los racimos seleccionados caerían por el suelo. No ocurrió, ya que el esclavo que había recibido la visita en pie, se preocupó de que nada de lo colocado en la cesta de la espalda del otro esclavo se perdiera. Nefer sonrió viéndolos alejarse tan diligentemente y con tanta compenetración. Él entendió que aquella linda sonrisa se la dirigía a él, ella no hizo nada por corregirle. Le ofreció la mano y él movido por un resorte que no supo entender ni calibrar, se la besó con delicadeza. Antes que ella la retirara, se la estrechó. Ella le dejó hacer. Desenvolvió entonces y cuando hubo liberado su mano, el pequeño paquete y en el interior de la caja, encontró unos pendientes de oro que semejaban racimos de uva. Le parecieron hermosos. Se los acercó a sus grandes orejas y luego a las de ella y con calidez, le dio las gracias, añadiendo que se había ganado el derecho a convertirse en su enólogo particular. “Pero hoy te quedas a cenar y así podremos discutir tus emolumentos”. Él respondió que en absoluto le cobraría nada por ayudarla, que lo único que deseaba era estar cerca suyo, aunque...y se detuvo. A ella le pareció necesario apostillar con la misma naturalidad que había estado

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

utilizando: –son únicamente dos de mis esclavos. –Él no entendió a qué se refería pero dejó que los acontecimientos y la cena y su compañía le clarificaran qué quería decir con aquella extravagante afirmación.

El copioso vino que les acompañó durante la velada, pero sobre todo disfrutar de su presencia durante casi tres horas lo obnubiló por completo, tanto que fue Mónica quién lo acercó a su casa. Tras ellos, uno de los sujetos que les sirvieron la cena con la misma nula indumentaria con que los había visto en la viña, les siguió en otro coche. Su misión, recoger a la mujer que lo condujo hasta su casa en su coche y que a pesar de recibir durante el trayecto toda clase de preguntas se mostró como la más hermética fémina con la que él se había encontrado jamás. Eso sí, las amables sonrisas con las que recibía todos sus interrogantes, eran casi tan hermosas como las de ella, la musa que pensaba le inspiraría el mejor caldo que él jamás tendría oportunidad de hacer.

Los días siguientes a un suceso reseñable siempre concitan disecciones a lo ocurrido. Aquel no fue una excepción, mucho más, si como le ocurrió a él, debió prepararse al día siguiente para viajar a Estados Unidos, a las bodegas de la firma para la que trabaja. Tuvo tiempo simplemente para informarla de su ausencia de varios días. Lo hizo por teléfono, le pareció frío pero al acercarse hasta su casa, la halló vacía. Ningún rastro de ella, de su amiga ni de sus... ¿empleados?, se atrevió a calificar mentalmente. “Pero mi compromiso sigue en pie” le avanzó con firmeza antes de que ella se despidiera con cierta frialdad deseándole buen viaje. No hubo tiempo de más. Él se quedó con la duda sobre

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

si debía volver a insistir, pero optó por esperar a disponer de tiempo suficiente para acercársele con mejores opciones de éxito.

A Nefer, se le había olvidado en cierto modo, la noche anterior. Se había tratado de una velada interesante pero una más en su copioso catálogo de noches con cierta exquisitez. La comida, la bebida, la conversación sobre Egipto, la tribulación de su invitado ante tan peculiares camarero y sommelier no significaron nada especial para ella. Tampoco él la atraía suficiente como para dedicarle más tiempo del necesario, su vida está repleta de oportunidades de todo tipo, en magnitud y calidad, por tanto ese enólogo que quería servirla en lo que entendía era lo que mejor ejecutaba en la vida, no representaba nada excepcional como para dedicarle mucho más que unos ligeros comentarios con Mónica antes de partir hacia Barcelona. A sus súbditos los había despedido de buena mañana la misma Mónica, tras entretenerse con sus espaldas y nalgas practicando con el látigo corto. Ella se había desperezado tarde, cuando su amiga la despertó sudorosa por el ejercicio y se ducharon juntas. Sino supiera que Mónica tiene una habilidad especial para fustigar a los sumisos, pensaría que lo único que la mantiene junto a ella es un lesbianismo que desea ocultar para no molestar a la Nefer Diosa. Pero no es sólo eso. Cuando Mónica enviudó de forma inesperada de un director de agencia de una caja de ahorros, ella fue su sustento emocional. Por aquel entonces Nefer vivía todavía en la misma escalera señorial que Mónica. Eran vecinas de rellano. Nefer podía sostener el alto alquiler de aquel lujoso piso gracias a vivir en pareja con un ejecutivo entregado que para su desgracia, tuvo que marchar a Sudamérica sino quería perder su puesto de trabajo. Entonces se vio obligada a dejar el inmueble, el alquiler era insostenible. Fue por aquel entonces, hace ya tres

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

años, que Mónica enviudó y el apoyo que Nefer le dio de forma desinteresada hizo que Mónica se acercara tanto a ella que cambió su dependencia por el marido difunto por la de su nuevo sostén, Nefer. Supo recomponerla, profunda conocedora como es de la psicología humana y a medida que le fue dando entrada a su peculiar mundo, Mónica fue superando el triste trance que la vida le había deparado en forma de infarto de su esposo. No tenían hijos ni parientes cercanos y la pensión que le quedó a Mónica más los ahorros que su esposo había guardado celosamente durante años, fueron el otro elemento que le permitieron comenzar a ver la vida con perspectivas, aunque el principal siguió siendo Nefer y su amistad. Poco a poco le fue cogiendo el gusto a ejercer de dominante, algo que no había hecho nunca antes en su vida, situándose tanto en el rol, que a veces, la tenía que frenar en sus ímpetus sádicos. Cuando a Nefer le apareció la oportunidad de adquirir la finca del Penedés, Mónica sin pensárselo ni hacerse de rogar, le ofreció la cantidad de dinero que le faltaba para poder cerrar la operación y con ello todavía quedaron más unidas, tanto, que en ocasiones Nefer recibía con escepticismo los reclamos de sus compañeras de profesión Ágatha y Carmen sobre la asfixiante compañía de Mónica, pero Nefer sabe como manejar a todos los que la rodean y obtener de todos ellos lo mejor que poseen y es más favorable para ella. Lo hace de forma natural, sin esfuerzo y sin buscar un interés desmesurado, sencillamente busca los puntos débiles de los seres humanos y sus necesidades de entrega a los demás y los perfecciona, no en vano suele repetir que, “cuesta mucho educar a un sumiso”. Los que la han oído, siempre piensan en los componentes de su cuadra, pero ella lo aplica a todo el mundo, incluso a ella misma, pues no desconoce que todo ser humano tiene una vena sumisa

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

que sólo deja salir a la luz cuando se encuentra con la persona adecuada. Ella ha sabido dominarla desde hace años, cuando tuvo que sufrir por experimentar un amor enfermizo y supo curarse con gran esfuerzo individual y sin ayuda de nadie.

Durante el viaje de regreso a Barcelona, Mónica volvió a insistir.

-Así, ¿no te ha parecido suficientemente interesante?

Nefer siguió con la conducción esbozando una simple sonrisa.

-Yo lo veo totalmente entregado. Sin duda podrías hacer de él un buen lacayo.

Nefer pensó en su manida letanía pero dejó que fuera la misma Mónica la que la repitiera.

-Ya sé, cuesta mucho tiempo y esfuerzo adiestrar a un aprendiz de sumiso para que se convierta en uno bueno. Pero éste parece tener la fusta adecuada. Ya viste que no se ruborizó demasiado ante la presencia de súbdito y lamepies. Incluso me pareció que los envidiaba.

De nuevo Nefer la observó procurando no perder detalle de la carretera y respondiendo un lacónico: –ssssee.

-¿Y viste como miraba sus aparatos de castidad? Creo que le gustó lo que vio, vamos, que si allí mismo le pides colocarle uno, se abre de piernas después de quedarse en bolas –y entonces Mónica no pudo evitar reír con mesura aunque pícaramente contagiando a Nefer.

-A ti te hubiera gustado –le respondió ésta.

-Pues claro, me fijé cuando pidió ir al baño. La tenía como un burro en celo.

¿No le viste el paquete? Si incluso lamepies lo advirtió.

-Por cierto –señaló entonces Nefer –a ellos ¿qué les dijiste?

Ataduras visible e invisibles, evidentes o imaginarias (Cuerdas que nos atan) L.G.

-Pues lo habitual, que el próximo fin de semana vengan con ganas de currar.

-¿Y?

-Sin problemas. Ya sabes que no pueden vivir sin ti, cabronaza. Eres su diosa y mientras tú quieras, lo serás y podrás hacer con ambos lo que te apetezca.

-¿Te has desahogado?

-Les he dejado el culo aviado, vamos, que no creo que esta mañana estén mucho tiempo sentados.

Ambas rieron. Nefer ríe mucho de las ocurrencias de Mónica, de las confidencias y también de su forma de interpretar el rol de amiga íntima de una diosa dominante y sádica. A Nefer no le disgusta que en ocasiones se tome atributos que a nadie más permitiría, pero Mónica lo hace con gracia y soltura no exenta de inocencia, a veces fingida con habilidad y a fin de cuentas es la forma que tiene Nefer de agradecerle que le dejara el dinero dándole como tiempo para devolvérselo: “tus siguientes dos vidas”, pues dice creer en la reencarnación y en la próxima “quiero ser como tú”. A Nefer le gustó la ocurrencia y aunque intenta reintegrarle el préstamo durante esta vida, Mónica no se lo permite, negándole el derecho a saldar la deuda. Utiliza el recurso de devolverle el dinero que Nefer le entrega, ingresándolo al día siguiente en la cuenta corriente de Nefer, algo que ella le recrimina pero que no tiene más remedio que aceptar, y de buen grado, ya que sino, Mónica la castiga doblándole la cantidad ingresada. La ha dejado por imposible. De todos modos ella ya le dijo en una ocasión: “mira cariño, tengo algo más de cuarenta años, he estado quince casada, feliz pero monógama hasta el tuétano y desde que enviudé y tú has querido aceptarme en tu vida, he alcanzado orgasmos de locura, algo que mi esposo en bien pocas ocasiones me regaló. Por mucho que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

